



La mentira como documento histórico



James Cagney y Clark Gable fueron dos de los más destacados actores norteamericanos de los años treinta. En el momento de hacer un balance histórico de esa etapa —como intenta el film «Brother, can you spare a dime?»—, no era posible prescindir de ellos.

La investigación histórica a través del material cinematográfico existente en los archivos puede ser limitada o, por el contrario, sugerente y significativa, ya que mientras, por un lado, existen en filmotecas y laboratorios multitud de documentos filmados sobre sucesos reales, por otro, la industria cinematográfica ha procurado eludir esos sucesos proponiendo al espectador todo lo contrario: la evasión por un mundo «de sueños» en el que se demostrara que vivimos en la mejor de las sociedades posibles. El documento real ha quedado relegado a los noticiarios oficiales (con la inevitable manipulación de los Gobiernos interesados en convencer de la eficacia de su gestión), o a films clandestinos cuya existencia no es siempre fácil conocer; han sido fundamentalmente las «estrellas», la ficción, la fantasía, las que han cubierto la atención del cine.

No obstante, a través de la ficción, también se ha querido, en ocasiones, acercarse a la auténtica realidad. Directa o indirectamente, muchas de las películas destinadas en un principio a eludir la realidad, han querido penetrar en ella, instigando al espectador a una mejor comprensión de su tiempo. Pero, en definitiva, no es posible encontrar —en términos generales— a través de los documentos cinematográficos una crónica veraz y desapasionada de la Historia. A pesar del carácter «objetivo» del cine...

Lo que sí se encuentra fácilmente, sin embargo, es una parcela significativa de esa realidad: la que forma el propio cine. Si cualquier expresión artística, si cualquier medio de comunicación de masas encierra en sí mismo las claves de una época, el cine permite su enten-

dimiento no sólo a través de diferentes montajes, sino con la simple contemplación de una imagen aislada («que vale más que mil palabras»); sólo es necesario querer descubrirlas, ya que con carácter protagónico o en términos secundarios, hay en cada imagen más información de la que a primera vista pudiera sospecharse.

Algo de esto es lo que el inglés **Philippe Mora** ha realizado en su película «**Hermano, ¿me das diez centavos?**» («Brother, can you spare a dime?») ¹. Queriendo acercarse a los años treinta norteamericanos —en plena Depresión, desde la primera elección de Franklin D. Roosevelt como Presidente de la República (1932) hasta la declaración de guerra al Japón (1941)—, Mora cuenta no sólo con los acontecimientos políticos que convirtieron a Roosevelt en el «salvador» de su país a través del programa económico conocido como «New Deal» (que consiguiera «con democracia y con justicia» eliminar la miseria causada con el cataclismo de Wall Street), sino toda suerte de detalles paralelos que comienzan con la canción que da título a la película, y que continúan con una serie de testimonios «ambientales» contrapuestos a las luchas electorales de Roosevelt —el único Presidente elegido cuatro veces consecutivas—, que van dando, paso a paso, la realidad de un país que no se circunscribe lógicamente a la vida oficial de sus dirigentes.

Pero Mora va un poco más allá. Y aquí es

¹ Película a la que ya me referí en *TIEMPO DE HISTORIA* número 8, con motivo de su proyección en la *Semana de la Crítica del Festival de Cannes 1975*.

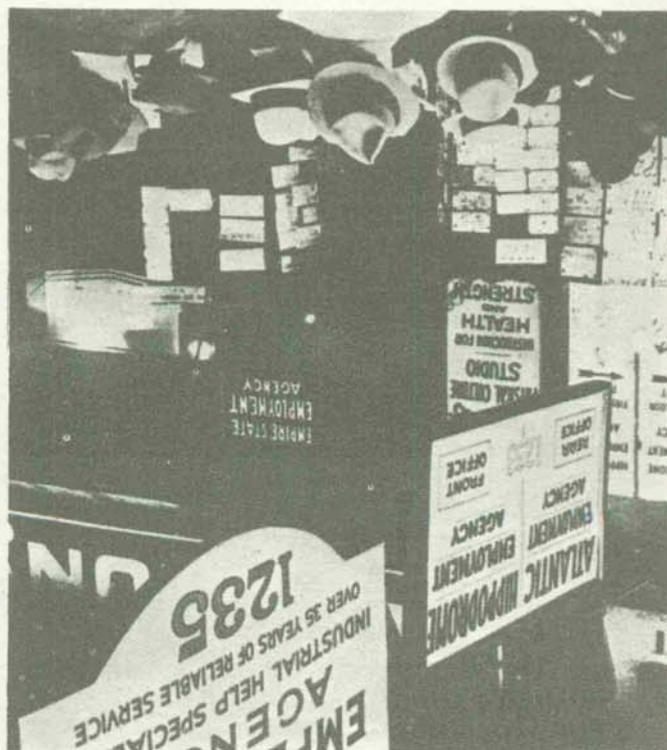


Franklin D. Roosevelt tomó posesión de su cargo como presidente de los Estados Unidos el 4 de marzo de 1933 (vemos aquí su juramento de fidelidad a la Constitución). Sería ésta la primera de las cuatro candidaturas en que fue elegido, marcando toda una época americana.

donde surge ese carácter sugestivo e indirectamente testimonial apuntado más arriba. Una de las «realidades» norteamericanas viene representada por el propio cine, por las características de esa «fábrica de sueños» que en los años treinta alcanzaría unas muy concretas y significativas claves: desde el documento social con la inevitable mitificación heroica de los «gangsters» y la Ley Seca, hasta el más descabellado musical, donde la fantasía y el disparate coreográfico sublimaran las insatisfacciones de los espectadores. El testimonio político directo, aquél que analizara la situación económica y social del país y las condiciones de un resurgir auténticamente justo y posible no eran abordadas por el cine; en su lugar, se creaba una iconografía evasiva (que merecería ser analizada por sociólogos) conectada, paradójicamente, con cada etapa precisa del «New Deal» a través de la que pueden suponerse otras cuestiones: la intención de los magnates de la industria cinematográfica y la sensibilidad de los espectadores. El cine de ficción, pues, como una parte de la realidad, combinada con el testimonio documental y con los datos objetivos oficiales, en un «collage» del que resulta difícil averiguar en ocasiones qué es ficción y qué no lo es. El resultado de esta mezcla no es exactamente un análisis histórico que pretenda deducir conclusiones precisas, pero sí un mosaico de datos, combinados con cierta ironía, que dan del «american way of life» una imagen rica que conviene conocer a la hora de acercarse a la comprensión de muchos aspectos de esa etapa reciente de los Estados Unidos.

La falta de un objetivo más estrecho confiere a la película una ambigüedad ideológica que, entre otras cosas, elimina la oportunidad de utilizar más certeramente algunos de los

fragmentos elegidos. Sin embargo, en tanto muestra de nuevos caminos posibles para el estudio histórico, esta película señala algo que no debería marginarse: la cultura popular como elemento fundamental de la vida de un país. Tanto aquella que es creada «desde arriba» como la que surge espontáneamente. Puede ser un complemento o un contrapunto a la historia «oficial». Y «Hermano, ¿me das diez centavos?» está lleno de ella. ■ **DIEGO GALAN.**



Entre los mitos y la historia oficial, el «crack» del 29—del que fue inmediato efecto un gravísimo paro laboral, con miles de trabajadores agolpándose ante las oficinas de colocación— ocupa lugar preeminente en «Brother, can you spare a dime?».